

Árbol / Tala

Marcos Ordóñez

Algunos ciegos [...] quisieron convertir a Mercè Rodoreda en el emblema de lo que entendían por "literatura femenina": algo sencillito, nostálgico, introspectivo; una variante del ganchillo o la confitura. No podían tragarla. No querían ver las garras, el pico feroz. La dama, escribí, era una salvaje, un corazón desolado de la estirpe de Jean Rhys y la Duras. [...]. Joan Ollé, que tantas veces ha montado *La placa del Diamant*, en catalán y en inglés y en castellano, lo ha sabido siempre. Ahora Colometa es gitana porque lo es Lolita Flores, porque hay mucho poder y mucho viento en ese rostro, y porque su padre, el gran Antonio González, nació a cuatro pasos de la plaza del Diamante, en el barrio barcelonés de Gracia.

Ha vuelto, pues, Lolita Flores, a la que no veía desde *Rencor*, de Miguel Albaladejo, templando y mandando. Está sentada, inmóvil, en un banco ruinoso, las manos caídas en el regazo. Entre sus pies, una guirnalda de luces de verbena, como una serpiente muerta y revivida. Todo pasa en su cara, sus ojos, su voz. Podría ser una hermana de Ovidi

Montllor. La sonrisa triste, golpeada, humilde pero nunca humillada; el incendio en los ojos; la cadencia sabia y antigua. Posee, como él, un don inusual: la rotunda capacidad de conmover sobriamente, sin énfasis, y de hacerte ver su historia anterior en un espejo desazogado.

[...]. Ollé nos cuenta la guerra con una sutilísima y letal estocada, cuando comienzan a caer los seres queridos y él hace que vuelva a encenderse la guirnalda de la verbena perdida, y que vuelva a sonar *Ramona*, como un eco inatrapable. Momentos salvajes: la alucinación de las burbujas de sangre desbordándose en la iglesia, y ahí resuena en la voz de Lolita la oscura campana de Lorca, y cuando Colometa (habría que devolverle su hombre de mujer: Natalia) sacude los huevos de las palomas para que los monstruitos se rompan la cabeza contra la cáscara, y cuando besa a su hijo antes de que naufrague en un mar de testas rapadas e indistintas, y cuando camina lenta bajo el sol de agosto para comprar un embudo y un litro de sulfumán. *My dear, these things are life*, como decía Meredith en la cita que abría el portón de la novela. Tragaos esa confitura, ciegos. Y ustedes, todos los de ojos y oídos atentos, vayan al Español a aplaudir a Rodoreda, a Ollé, a Lolita. ¡Cuántas lágrimas vivas, cuanto dolor transmutado en arte! [...]



La plaza del Diamante (Teatro Español). Foto: Sergio Parra.